



Madrid 16 de Noviembre de 1861.

SUMARIO. **ARTICULOS.**—Orar es un bien, por don A. A.—La Niña y la Mariposa [poesía], por don E. Hernandez.—Historia: España goda, por don José S. Biedma.—Los Ferro-carriles [continuacion], por don José M. de Larrea.—Las Siete Maravillas del mundo: El Laberinto de Creta, por don Juan Cuesta.—Los Tres Consejos, cuento popular, por don Antonio de Trueba.

GRABADOS. Alarico.—Doble vía.—Laberinto de Creta.

ORAR ES UN BIEN.

¿ SIENDO tan fácil orar ¿ cómo se explica que muchos hombres descuiden una práctica tan santa y saludable?

Á propósito de este asunto vamos á transcribir unas sencillas y elocuentes palabras salidas de la boca de un niño que iba todavía á la escuela. Este niño tenía por su desgracia un padre que jamás habia dado abrigo á pensamientos religiosos.

—Padre, le dijo inocentemente, ¿ por qué

no pedís nunca á Dios por mí, como los padres de mis compañeros piden por ellos? Yo creo que sería para mi bien.

—Hijo, respondió aquel, no te extrañe si no ruego por tí, pues nunca lo he hecho por mí mismo.

—Eso no importa, padre: yo pediré por los dos, y para los dos será el bien.

Conmovido por tan sentidas palabras, aquel hombre escéptico unió su oracion á la de su hijo, y aquella oracion fué el origen de su felicidad doméstica.

En la oracion se adquieren fuerzas para luchar contra los malos pensamientos: ella nos hace extirpar los vicios más inveterados.

Merced á tan saludable auxilio, un hom-

NÚM. 43.

bre de las provincias de Andalucía logró, no há muchos años, desterrar por completo un repugnante vicio de que se hallaba poseído. Aconteció lo siguiente.

Juan (que así se llamaba el sugeto en cuestion) estaba entregado hacía treinta años al degradante vicio de la embriaguez, pero tenía en su abono que conocía y deploraba su fatal costumbre. Casi todas las mañanas, indignándose al recordar su debilidad, protestaba á su mujer é hijos guardar templanza desde aquel dia; y casi todas las tardes se le veía volver vacilante, embrutecido, y como arrastrándose á su casa; á su casa en que antes había reinado el bien estar, y que á la sazón ofrecía, como consecuencia de aquel maldito vicio, la imágen de la miseria.

Cierto dia, el venerable párroco de su pueblo, movido de un caritativo celo, fué á visitar al malaventurado Juan.

—Hijo mio, le dijo, eres esclavo de un vicio funestò. ¿Será que olvides cómo se acerca la muerte que viene seguida del juicio?

—No, señor cura, no lo olvido, pero soy un miserable arrastrado por la fatalidad. Todos los dias trato de vencerme; quiero y espero conseguirlo, pero siempre soy vencido. Este vicio tan arraigado puede más que yo. ¡Infeliz de mí! sólo me libraré de él la muerte!

Mientras esto hablaba, ocultábase el rostro entre sus manos, viéndose por entre los dedos salir alguna lágrima.

El respetable párroco se sentía profundamente conmovido. Respondióle con dulzura:

—Hijo mio, luchas y padeces? Pues ten esperanza. Esas peleas en que sales humillado prueban que eres capaz de una buena resolución y que todavía conservas un resto de energía. ¿Pero no habrás estado hasta aquí por tu desgracia en un error harto comun? Has llegado á imaginar que el hombre puede libertarse del mal por su propia fuerza sin la ayuda de Dios; que es posible *salvarse* sin la mediación del *Salvador*?

El infeliz Juan quedó turbado, y mirando al anciano sacerdote pareció intentar preguntarle con los ojos lo que quería significar.

—Me explicaré, prosiguió el eclesiástico con mayor unción. ¿Has acudido al Espíritu Santo para que te ilumine y fortalezca? ¿Pides á Dios auxilio?

—Ay, padre! respondió el desdichado, no me atrevo. Soy indigno, lo conozco; soy indigno de orar. Algunas veces he querido hacerlo, pero en vano. Despues de balbucear algunas palabras, me paro cortado, y como si la vergüenza me las anudara en la garganta. Parecióme siempre que una voz interior me gritaba: «Cállate, miserable! ¿Acaso mereces que Dios te escuche?»

—Es decir que estás aprisionado en un círculo de hierro de que no puedes salir. No invocas á Dios porque te ves criminal, y no puedes dejar de serlo porque no acudes á Dios. Hay que salir de semejante estado. Toma tus herramientas y vente conmigo. La reducida huerta que tiene mi casa necesita algunos dias de trabajo. Hoy no dejarás ni un momento tu quehacer; comerás á mi mesa, y á la noche vendrás á la iglesia á rezar conmigo y con tu familia que irá tambien para reunirse contigo. Tú orarás, y todos oraremos por todos. Cuando hayas contraído la costumbre de acudir á Dios, tú conseguirás por tan piadoso ejercicio el valor y la fortaleza.

El infeliz Juan, abriendo su alma á una última esperanza, siguió al virtuoso párroco. Aquella noche oró y rezó, encontrando en esta operacion una dulzura inefable. Creía sentir que su alma se remontaba al cielo, despues de haber quebrantado las cadenas del vicio su tirano. De allí en adelante, siempre que nacía la esplendente aurora, siempre que las tinieblas velaban la tierra, invocaba en una oracion fervorosa el amparo de Aquel de quien todo bien procede. Desde entonces renació otro hombre. Verdad es que todavía tuvo que sostener áspetros combates; verdad es que todavía vaciló muchas veces y cayó algunas, pero tambien lo es que á semejanza del convaleciente, sus pasos se hicieron mas seguros de dia en dia, y que concluyó por ir inalterable por el camino de la honradez. La paz de la conciencia, la consideracion de sus amigos; su bienestar do-

méstico, todo volvió simultáneamente. Aquel hombre, teniendo al fin una conducta ejemplar, y su familia, víctima antes del mas negro infortunio pero ya feliz, no volvieron á pasar un solo dia sin invocar á Dios bendiciéndolo, y sin dar gracias á su digno ministro.

¡Cuántos otros ejemplos como éste no podrían tomarse de la historia íntima de la humanidad, para demostrar á los mas escépticos el bien imponderable que es el orar!

A. A.

LA NIÑA Y LA MARIPOSA.

De un huerto por la fértil enramada
Discurría pintada mariposa,
Perseguida de cerca y acosada
Por una niña alegre y candorosa.
En el purpúreo seno de una rosa
Al cabo se detuvo fatigada,
Y asiéndola—radiante de alegría—
«Triunfé—gritó la niña!— ya eres mía!»

Mas al abrir la mano para verla
Hallóla convertida en polvo vano,
Que entrambas alas la quebró al cogerla
En la ansiedad de su delirio insano.
Palideció su rostro soberano,
Brilló en sus ojos nacarada perla,
Y agitándose el viento entre las hojas
Aumentó con sus ayes sus congojas.

En el oscuro vano de la vida
Así el hombre persigue la ventura:
La vé, tiende la mano conmovida
Y la ase de la blanca vestidura.
Quién límites impone á su locura?
Quién detiene su mente enardecida?...
Y al despertar de su delirio insano
¡Cenizas nada mas halla en su mano!

ENRIQUE HERNANDEZ.



HISTORIA.

ESPAÑA GODA.

II.

La monarquía goda, francesa mas bien que española en su origen, solo se distinguió por sus hazañas al otro lado de los Pirineos, donde luchaba en aquella época por estender sus dominios. Teodorico ó Teodoredo, sucesor de Walia por la eleccion de los godos, lejos de continuar la conquista de España, únicamente peleó por aumentar sus Estados en la Galia. En 421 declaró la guerra á los romanos y puso sitio á Arlés, pero acudieron éstos en socorro de la plaza, y los visigodos tuvieron que levantar el sitio, siendo batidos en su retirada. En 428 ó 30 volvieron á hacer otra tentativa contra la misma ciudad, pero con tan desgraciado éxito como la primera, y Teodorico se vió obligado á hacer la paz con el Emperador de Roma, Valentiniano III, la que tampoco duró mucho tiempo, pues aprovechando los visigodos una ocasion favorable, volvieron á tomar las armas en 436, y despues de conquistar todas las plazas que se hallaban situadas entre Tolosa y Narbona, cayeron sobre esta última con todas sus fuerzas. Pero los sitiados se defendieron con heróico valor, de modo que los visigodos, en la imposibilidad de vencerlos con las armas, decidieron rendirlos por hambre. Tal vez hubieran conseguido su intento si los romanos no hubiesen podido socorrer á los narboneses, introduciendo dentro de la plaza un gran número de sacos de trigo, con lo que desapareció toda esperanza de tomarla, teniendo al fin que levantar el sitio y siendo á su vez atacados por los romanos. Teodorico se vió entonces reducido á una situacion tan angustiosa como desesperada; tenia que vencer ó morir y no contaba con mas ayuda que la del cielo, á que recurrió en aquellas circunstancias, consiguiendo derrotar al ejército romano y hacer prisionero á su general. Consecuencia de esta

victoria obtenida en 459 fué un tratado de paz entre Valentiniano y Teodorico, por el que éste quedó en posesion de la Galia llamada Narbonesa.

Despues de un largo período de paz, Teodorico en union con sus dos hijos mayores Teodorico II y Turismundo, tuvo que marchar en contra de los hunnos, que se habian presentado en las Galias y estaban sitiando á Orleans. La presencia del ejército romano, aliado al de los godos y francos, obligó á los hunnos á retirarse, pero habiéndolos seguido se dió una batalla en los campos llamados Catalaunicos, en que quedaron vencidos, aunque en ella perdió Teodorico la vida. « Este Príncipe, dice un célebre historiador, de edad avanzada pero lleno de ardor y fuego, corriendo de fila en fila para animar á los soldados, fué derribado de su caballo y pisoteado á los piés de sus ginetes. El que le atravesó con un dardo era un oficial ostrogodo llamado Atadge. » Turismundo, su hijo primogénito, fué aclamado rey de los godos en el mismo campo de batalla, pero poco despues le dió muerte su hermano Teodorico y ciñó la corona á su vez.

Auxiliado este monarca de los francos, declaró la guerra á los suevos y los derrotó, haciendo á su Rey prisionero, y apoderándose de casi todos sus Estados; mas Eurico, su hermano menor y el tercero de los hijos de Teodorico, le quitó la vida, como lo habia hecho

él con Turismundo, y se sentó en el trono en el año 457. Eurico continuó la conquista de España, de que acabó de hacerse Señor despues de muchas y muy gloriosas victorias. Los romanos, que apenas le opusieron resistencia en la Península, se la hicieron mucho menor

en las provincias meridionales de Francia que sometió á sus armas, muriendo en Arlés en 489, despues de diez y siete años de reinado. Heredó la corona Alarico, su hijo, príncipe dotado de grandes cualidades, al decir de todos los historiadores, y que en realidad se propuso imitar á su padre; pero que empenándose en diferentes guerras con Clodoveo, rey de Francia, fué

vencido por este monarca en una sangrienta batalla en que perdió la vida y casi todos los Estados que tenian los godos en la Galia.

Alarico dejó un hijo de cinco años de edad que debia sucederle en el trono; pero Geselaico, su hermano bastardo, se sentó en él en lugar suyo, y quizá el tiempo hubiese legitimado su usurpacion, si Teodorico, rey de Italia y abuelo del niño Amalarico, no hubiera enviado sus generales y tropas para reconquistar la corona que le habian arrebatado. Geselaico apeló entonces á la fuga, retirándose á Barcelona primero y á África despues; mas fué cogido y muerto posteriormente, cuando de regreso en España intentó sostener su pretension con las armas. Llegado á la mayor edad casó Amalarico con Clotilde, hija de Clodoveo, católica



Alarico.

celosa que procuró atraer á su religion á su marido. Pero lejos de acceder éste á sus deseos, la trató con tan inhumano rigor, que ella envió á su hermano Childeberto, rey entonces de los francos, un pañuelo bañado en su sangre como muestra de su triste situacion. Childeberto decidió entonces vengar los ultrajes que su hermana padecía, y rompiendo por las tierras de Amalarico, le venció en una batalla dada cerca de Narbona en 531. Derrotado el monarca godo apeló á la fuga, y se hubiese salvado quizá si no hubiera vuelto á buscar sus tesoros, con cuya ocasion fué reconocido y herido mortalmente. Los francos, despues de saquear la Galia gótica, se llevaron á Clotilde, que murió en el camino.

El ostrogodo Teudis, que habia gobernado la España como regente en la menor edad de Amalarico, fué elegido Rey para ocupar el trono vacante. Este monarca, que continuó con poca fortuna la guerra con los francos, fijó en España la córte de los godos, viendo la mala situacion de sus Estados en las Galias, y despues de un largo reinado de diez y seis años murió asesinado en su palacio de Barcelona por uno que se fingia loco, y al que mandó perdonar, diciendo: «Que su muerte era el digno castigo del crimen que habia cometido haciendo asesinar á su Rey Teodorico.»

JOSÉ S. BIEDMA.

LOS FERRO-CARRILES.

(Continuacion.)

—Pero debe costar mucho, dijo Luisito, construir un ferro-carril.

—Los ferro-carriles contruidos hasta ahora en España han costado el que mas á 1.151,858 reales el kilómetro, y el que menos á 602,250, saliendo entre todos por término medio á 905,731 rs. el kilómetro. Los ferro-carriles ingleses y franceses han costado mas; si bien debe tenerse en cuenta que la mayor parte están hechos para doble vía.

—Y qué es eso de doble vía?

—Asómate y verás que por este camino

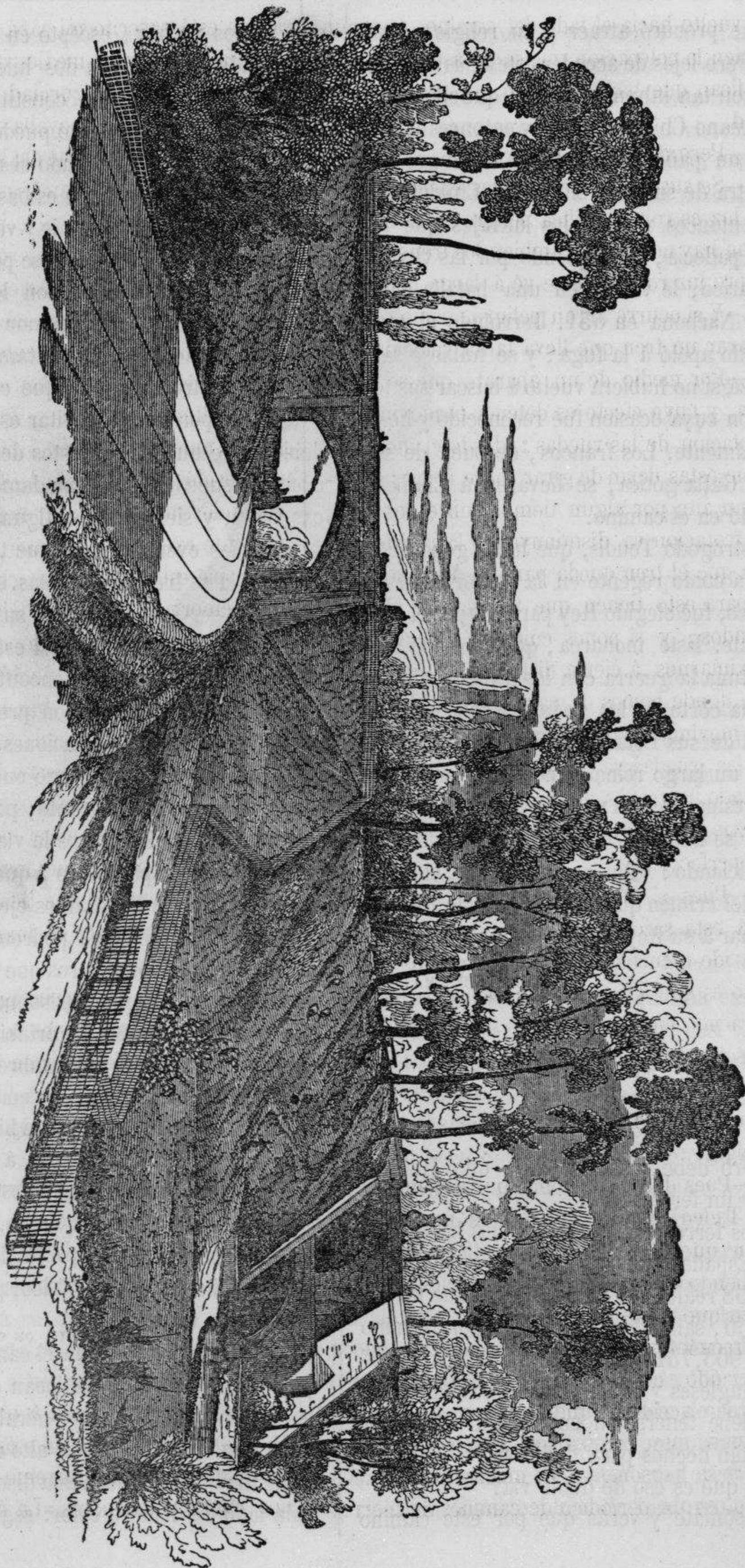
que vamos no hay, escepto en las estaciones y apartaderos, mas que dos hileras de rails ó carriles de hierro, que constituyen una vía, por la que naturalmente no puede marchar mas que un convoy; pero cuando el movimiento de pasajeros ó de mercancías es bastante considerable para que tengan que ir y venir trenes con mucha frecuencia, entonces se pone otra vía de dos carriles como esta, con lo que pueden cruzarse los convoyes sin temor de chocar.

—De modo que ahora estamos espuestos á que venga otro tren y choque con el nuestro?

—No: porque para evitar eso se toman las debidas precauciones, y estos desgraciados encuentros suceden, afortunadamente, muy pocas veces, y siempre por alguna de esas circunstancias eventuales, á que todas las cosas de la vida se hallan espuestas. En primer lugar en el servicio de trenes, sus horas de salida y llegada y su velocidad están arregladas de manera que no deban encontrarse en el camino, sino en una estacion prevista de antemano, y en todas las estaciones hay apartaderos y cambios de vía. Luego encontraremos el tren que viene de Alicante; pero si nosotros llegamos antes, dejaremos la vía que llevamos, esperando en el apartadero á que llegue el otro convoy; y si este llega antes ejecutará lo mismo, y así, sin peligro, podremos hablar por las ventanillas á los viajeros que vienen de Alicante. Además hay un sistema completo de señales, de las cuales la principal es el telégrafo eléctrico, cuyos alambres conductores ves á este lado del camino: en este momento llegamos á una estacion; pues bien, el telegrafista anuncia nuestra llegada á la estacion siguiente, que le contestará si está espedita allí la vía, ó si hay algun obstáculo. Pon cuidado, y verás como, antes de partir de aquí, se oye el ruido del aparato telegráfico, parecido al despertador de un reló.

—Bueno; ¿pero y en el camino?

—En el camino se colocan esos largos palos, que he observado que mirabas algunas veces, y que tienen en lo mas alto un gran redondel de madera, que se llama disco, pintado por cada lado de distinto color: segun el color que



Doble via.

está vuelto hácia el lado del camino, y segun tambien la colocacion que se dá á estos discos, significan que hay peligro ó que no hay novedad.

—Pero de noche no se verán.

—Se sustituyen con faroles encendidos, y si la luz es roja significa peligro, y si blanca, que no hay novedad. Tambien los trenes llevan siempre luz roja, que se vé á larga distancia.

—Y si ocurrè algun peligro, cómo se puede parar un tren que lleva tanta velocidad?

—Por medio de un aparato que se llama *freno*, y cuyo efecto es detener el movimiento de rotacion de las ruedas: desde el momento en que éstas dejan de girar sobre el eje, se arrastran aun por algun tiempo sobre los rails, y la frotacion va disminuyendo la resistencia, hasta que el tren queda parado. Ya conoces tú que para esto tienen que transcurrir algunos segundos, y si pones cuidado observarás al aproximarnos á cierta distancia de cada estacion, donde hemos de parar, cierta diferencia en el movimiento del carruaje, que consiste en que las ruedas ya no giran porque les han apretado los frenos. De éstos, hay multitud de sistemas, y todavía no se ha llegado á la completa perfeccion.

—Pues si se toman tantas precauciones, dijo á esta sazón Tadeo, que hasta entonces habia ido escuchando sin despegar los labios, ¿cómo es que á lo mejor suceden esas grandes desgracias, en que perecen ó salen estropeadas tantas personas? Por mi parte aseguro á Vd., señorito Luciano, que cuando subí á este tren me santigué, por si acaso; y no las llevo todas conmigo.

—Pues debe Vd. dominar ese temor, mi buen Tadeo, porque proviene de una preocupacion que se debe desechar. Cada día están sucediendo en los caminos ordinarios desgracias en que nadie repara, porque, aunque son mas frecuentes, como son aisladas no hacen tanto ruido, como un descarrilamiento ú otro cualquier accidente que ocurra en un camino de hierro, que, como afecta á la vez á mayor número de personas, tiene mucho mas eco. Yo he leído en un periódico de caminos de hierro,

á que está suscrito mi papá, que la vía férrea supera á todos los medios de viajar conocidos con respecto á seguridad. Recuerdo que en aquel periódico se apoyaba este aserto con datos oficiales, pues se probaba que en las mensajerías imperiales francesas, ocurría, por término medio, una muerte por cada 355,463 viajeros, y salía un viajero herido por cada 29,972, probabilidad de riesgo doce veces mayor que la que se corre en los ferro-carriles, pues reuniendo los accidentes ocurridos en un período de diez y seis años en las vías férreas de Inglaterra, Francia y Prusia, solo resultaba un muerto por cada 4.500,000 viajeros, y un herido por cada 381,000. El viajar, de cualquier modo que sea, no puede estar enteramente exento de peligros, pues aun el que va á pié está espuesto á ser atropellado; y si mi memoria no me es infiel, en el espacio de catorce años, fueron atropelladas en Francia por los carruajes mas de 10,000 personas.

—De ese modo, dijo Luisito, es preciso confesar que tienes razon, y yo voy de día muy contento por el ferro-carril; pero de noche nos quedaremos á oscuras, y confieso que.....

—¿Pues no ves en el techo esa pequeña y elegante lámpara, que encenderán aun antes de que oscurezca, y que tiene tambien su cortina por si te molesta la luz?

—Es verdad.

—Hasta se han hecho pruebas para alumbrar y calentar los trenes con gas, y es indudable que no tardaremos en tener esta mejora.

(*Se concluirá.*)

JOSÉ M. DE LARREA.

LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.

EL LABERINTO DE GRETA.

La maravilla que va á ocupar hoy nuestra atencion pertenece á una época tan oscura y remota que apenas podremos dar de ella algunos cortos pormenores. La historia desautori-

zada de los tiempos llamados fabulosos, en que los sucesos quizá mas naturales y ordinarios aparecen á nuestros ojos desfigurados bajo los disfraces misteriosos de la mitología, no permite deducir datos seguros en que apoyarse para hacer de ellos una descripción aproximada; pero por otra parte, su nombre llega á nosotros con tales garantías de certidumbre, que no podemos tampoco desecharlos sin hacer traición á la fé que inspiran las tradiciones, autorizadas por respetables escritores, que si no presenciaron los acontecimientos, vivieron en una época demasiado cercana para que se atrevieran á referir absurdos que pudieran ser fácilmente desmentidos por sus contemporáneos.

Los sobrehumanos trabajos de Hércules, las heroicas hazañas de Teseo, y las historias mas ó menos absurdas de las divinidades griegas, fueron para aquellas naciones lo que va siendo ya para nosotros la historia de Bernardo del Carpio; lo que podrá ser para los siglos venideros el descubrimiento del Nuevo-Mundo, la rotura del Istmo de Suez, la invención del vapor ó el descubrimiento de la electricidad y del magnetismo; unas verdades que revestidas de formas poéticas podrian muy bien irse alterando con el transcurso del tiempo hasta hallarse completamente desfiguradas.

Con estas salvedades que he considerado indispensables para que nuestros lectores no den un crédito imprudente á pormenores inverosímiles, pasemos á decir lo que pudo ser aquella portentosa maravilla que con el nombre de *Laberinto de Creta* viene significando todavía una construcción ó fábrica en extremo caprichosa y complicada, en la que una vez

encerrado busca inútilmente la salida todo el que ignore el secreto de sus simétricas y multiplicadas galerías.

Era, pues, Creta una preciosa isla de la antigua Grecia, donde entre otras infinitas maravillas del arte antiguo, tan comunes en aquellas regiones privilegiadas del ingenio humano, se observaba el famoso Laberinto, cuya fama ha llegado á nuestros días revestida de todo el atavío con que han querido engalanarla las orientales tradiciones. A consecuencia de una

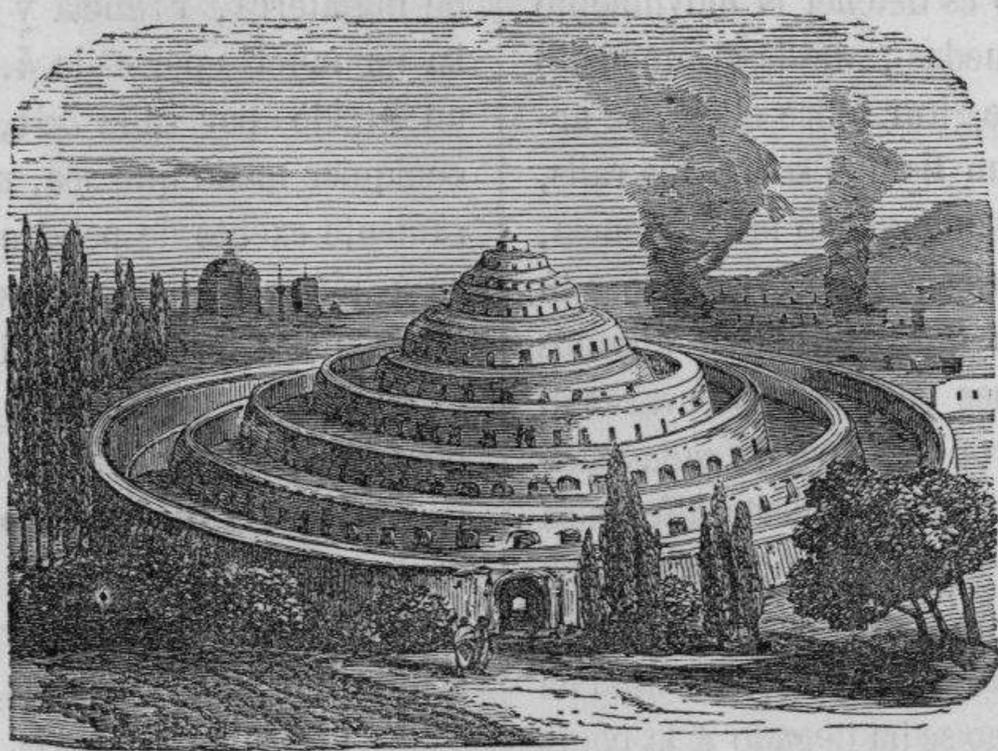
guerra sangrienta contra Atenas, de la que habia salido victoriosa, recibia todos los años de esta última un tributo ó donativo de siete mancebos y siete doncellas, que eran entregadas al monarca en prueba de sumisión y vasallaje.

Avergonzado Teseo, hijo de Egeo rey de Atenas, de un tributo

tan humillante, y deseoso de redimirlo, aunque para ello arriesgase su vida, discurrió marchar, confundido entre los desgraciados á quienes habia cabido tan triste suerte.

No es del caso referir ahora porqué medios pudo Teseo en su condición de esclavo hacerse amar de la esposa de Minos, que así se llamaba el Rey de Creta; ni del origen del famoso Minotauro, monstruo sanguinario, mitad hombre y mitad toro, que guardaba el famoso Laberinto, obra del ingenioso Dédalo, objeto principal de nuestro artículo. Basta á nuestro propósito saber que airado Minos al descubrir la traición de que habia sido víctima, condenó á Teseo á ser encerrado en aquel misterioso edificio, donde debia perecer de hambre antes de hallar la salida, ó ser devorado por el Minotauro.

Pero las intenciones de Minos fueron com-



El Laberinto de Creta.

pletamente burladas por la pasión de la astuta Ariadna, que entregó á Teseo un gran ovillo de hilo de oro para que lo fuese soltando en su trayecto, y pudiera servirle de guía en aquellos complicadísimos caminos, donde se hubiera perdido mil veces sin este medio seguro de evasión. La otra dificultad quedaba toda á cargo del valor del ateniense, matando al Minotauro y saliendo, como salió, libre y victorioso de tantos peligros.

Este interesante relato, cuya exactitud no se cuestiona, indica, sin embargo, lo bastante para hacer comprender lo que sería el Laberinto de Creta, especie de mina compuesta de multitud de galerías en todas direcciones y sentidos, cuyas columnas, vueltas y recodos de una igualdad y simetría incomparable, ofuscaba de tal manera los sentidos, que una vez internado en las sinuosidades de aquel complicado bosque de granito, ni la más fiel memoria, ni todas las precauciones imaginables, bastaban á hallar la salida, que solo encontraba aquel que de antemano poseía el secreto de aquella maravilla, verdadero palacio encantado de nuestros cuentos infantiles, digno tan solo de ocupar una página de las *Mil y una Noches*.

JUAN CUESTA.

LOS TRES CONSEJOS.

CUENTO POPULAR.

I.

—Vecina? vecina?

—Qué se ofrece, señor Anton?

—Me hace Vd. el favor de un poquito de sal?

—Oro molido que fuera. Pero qué ¿se va Vd. á meter á cocinero?

—Cá, no señora: es que me he encontrado en la calle un cuento bastante sosito, y voy á ver si le sazono un poco.

—Qué cosas tiene Vd. !..... Pero en fin,

sea para lo que sea, ahí tiene Vd., y si hace falta más....

—Muchas gracias, vecina.

—No hay de qué darlas, señor Anton.

Pues señor, este era un soldado que le llamaban Juan Cavila, no porque cavilase mucho, sino porque viendo que no cavilaba nada, el capitán de su compañía con quien estaba de asistente, y que le quería mucho, le estaba cencerreando siempre:

—«Juan, cavila!»

Juan Cavila tomó la licencia y se dispuso á volver á su pueblo que estaba muy lejos, muy lejos, y donde tenía á su mujer, porque es de advertir que como siempre fué poco aficionado á cavilar, se casó muy joven con la hija del sacristán de su pueblo, sin considerar que podía sucederle lo que en efecto le sucedió, es decir, que podía caer soldado y pasar él y su mujer la pena negra en siete años de separación.

Juan bailaba de gozo por dos razones: la primera porque iba á ver á su mujer, que no había visto hacia siete años, y la segunda porque volvía á su pueblo con treinta mil reales.

El que Juan tuviera mujer no necesita explicaciones, porque mujer se encuentra fácilmente, pero el que tuviera treinta mil reales sí que las necesita, porque treinta mil reales no se encuentran con tanta facilidad como mujer.

Estaba Juan con su compañía de guarnición en Jaca, y su amo el capitán le envió al Pirineo con una carta para un oficial de carabineros que andaba por allí.

—Pero señor, dijo Juan, me voy á perder en aquellas soledades porque no sé el camino.

—Donde quiera que fueres, haz lo que vieres, le contestó su amo.

Juan emprendió su camino con el fusil al hombro para su seguridad, y con este consejo en la memoria para su guía, y hala, hala, hala, llegó al pie de un monte.

Hacia mucho calor y se sentó á la sombra de un árbol para descansar y para ver si iba

por allí alguien que le indicase el camino que habia de seguir.

Alzó la vista al pico y descubrió á un hombre que caminaba por la altura llevando de la rienda dos caballerías cargadas.

—Donde quiera que fueres, haz lo que vieres, me dijo mi capitán. Veo que aquel arriero va por la cumbre del monte y por consiguiente por allí debo ir yo, dijo para sí Juan, y tomó cuesta arriba mientras el arriero desaparecía al otro lado de la montaña.

Al llegar á la cumbre é ir á descender por la ladera opuesta, se encontró de manos á boca con el arriero de las dos caballerías que estaba descansando á la sombra de unos árboles.

El arriero que vió de repente asomar un soldado á seis pasos de distancia, dejó las caballerías y echó á correr espantado por aquellos matorrales abajo.

Juan cayó en la cuenta de que el fugitivo era un contrabandista, y tomando de la rienda las caballerías, continuó su camino con ellas hasta dar con el oficial de carabineros, á quien llevaba la carta de su amo.

Las caballerías estaban cargadas de riquísimas telas de contrabando, y Juan se embolsó pocos días despues la tercera parte del valor de la presa, que la ley destina al aprehensor.

Hé aquí de dónde procedían los treinta mil reales que tenía Juan Cavila en poder de su capitán cuando tomó la licencia.

II.

Juan Cavila ha trocado el chopo por una vara de idem, el correaje por una cinta de seda, y la cartuchera por un canuto de hojalata.

Héle que entre triste y alegre va á despedirse de su capitán, triste porque quiere á su capitán mucho, y alegre porque quiere á su mujer mucho mas.

—Holá, ¿con qué ya estás de marcha?

—Sí señor, mi capitán, si Vd. no manda otra cosa.

—Juan, cavila, cavila mucho, porque todo se necesita para vivir!

—Mi capitán, si me diera Vd. de despedi-

da dos ó tres consejos de los buenos, me hacia Vd. hombre.

—Vamos á ver, ¿qué vida piensas tú hacer en tu pueblo?

—Vivir como Dios manda con mi mujer y con mi suegro.

—¿Tu suegro es hombre que sabe vivir?

—Qué sé yo que le diga á Vd. mi capitán! Estudió para cura, y cuando estaba ya para ordenarse, se cortó la cabeza casándose, como yo, con una chiquilla que se murió cuando nació mi mujer. Como le tiraba la Iglesia, se hizo sacristán del pueblo; pero debe andar á la cuarta pregunta, porque como dice el adagio, el dinero del sacristán cantando se viene y cantando se va.

—Y tu mujer ¿vive con su padre?

—Regularmente vivirá.

—Qué, ¿no lo sabes de cierto?

—No señor.

—Pues qué, no te escribe?

—En jamás, mi capitán.

—Y cómo es eso?

—Porque *dende* que tomé el chopo no sabe por dónde ando.

—Y por qué no le has escrito?

—Porque no sé.

—Pero hombre, cualquiera te hubiera hecho el favor....

—Sí señor, mi capitán; pero como para *ditar* las cartas hay que cavilar....

—Juan, cavila, que si no eres hombre perdido!

—Mi capitán, como me diera Vd. un par de consejos de ley, yo me las campanearia como cuando cogí el contrabando de marras.

—Los consejos buenos valen mucho dinero.

—Ya lo sé, mi capitán, que el que me dió usted en Jaca me valió treinta mil reales...

—Pues hagamos un trato. Yo te daré un consejo bueno, pero me has de dar por él diez mil reales de estos treinta mil que te tengo aquí guardados.

—Canario, mi capitán, mucho es diez mil reales...

—Pero si no vas bien aconsejado vas á perder el dinero y quizá la vida.

—Tiene Vd. razon. Déme Vd. el consejo, y rebaje Vd. los diez mil reales.

—Pues el consejo es este: *si hallas un atajo, dá al camino un tajo.*

—No se me olvidará ese consejo, mi capitán. Si me diera Vd. siquiera otro...

—No tengo inconveniente, pero te cuesta otros diez mil reales.

—Es muy caro, mi capitán.

—Ya sabes que mis consejos producen treinta mil reales cada uno.

—Verdad es. Venga otro consejillo, y quédese Vd. con otros diez mil reales si no puede ser menos.

—El segundo consejo es este: *en lo que no te importa, la lengua muy corta.*

—Valiente consejo es ese, mi capitán! Lo menos me vale cien veces mas de lo que me cuesta.

—Pues mira, todavía te falta otro para ir completamente aviado.

—Ya podia Vd. dármele de añadidura.

—Lo que te daré de añadidura si me das por él el dinero que te queda, será una onza de oro para el camino, y tres tortas muy ricas para que las comas con tu mujer y tu suegro así que llegues á casa.

—Eso si que no, mi capitán: quedarme como quien dice sin un *calé* siendo *propetario* de treinta mil reales, no me hace tilin.

—No has oido tú decir que á las tres va la vencida?

—Sí que lo he oido.

—Pues aplica el cuento.

—Canario!... Pero vamos, mi capitán, que no ha de tener Vd. palabra de rey.

—Mira, Juan, no seas tonto: el dinero de nada te sirve, porque con la cabeza que tú tienes, te lo roban, lo pierdes ó lo malgastas antes de llegar á tu pueblo, y los consejos ni te los pueden robar, ni los puedes malgastar, ni los puedes perder.

—Eso, canario, tambien es cierto. Déme usted otro consejo, y que se lleve la trampa el dinero que me queda.

—Pues oye el tercer consejo: *antes de hacer nada, consulta con la almohada.*

—Mi capitán, no entiendo bien ese consejo, porque de seguirle no podria uno ni fumar un cigarro sin pasar noche por medio.

—Hombre, no has de tomar el consejo tan al pié de la letra. Quiere decir que antes de decidir una cosa importante, como por ejemplo, vengar una ofensa, lo medites mucho.

—Ya, ya lo calé, mi capitán.

—Ea, pues ahí tienes una oncita de oro para el camino y estas tres riquísimas tortas que no has de empezar hasta que llegues á tu casa, para que las comais entre tú, tu mujer y tu suegro, á torta por barba.

—Gracias, mi capitán, y quede Vd. con Dios.

—Juan, cavila, cavila, y... buen viaje.

III.

Juan Cavila apenas partió tomó un *asiento de sombra* (1) en una galera que se dirigía á su país, y caminaba, caminaba con su morral á la espalda, y en la memoria su tesoro de consejos, resuelto á poner estos en práctica cuantas veces se le presentase ocasion.

Al llegar al pié de una larga cuesta por donde subia la carretera dando rodeos, Juan recordó el consejo «si hallas un atajo, dá al camino un tajo,» y vió llegado el momento de ponerle en práctica.

—Hasta luego, que yo me voy por aquí, dijo al ordinario.

—Mire Vd. que ni las cabras pueden subir por ahí.

—No hay atajo sin trabajo.

Y Juan trepa, trepa por el atajo, salió nuevamente á la carretera y se sentó á la orilla de esta para esperar á la galera y descansar.

La galera tardaba mucho, y Juan renunciaba ya á esperarla cuando la vió al fin venir, y esperó.

Pero cuál no fué su sorpresa al ver llegar

(1) Asillaman los ordinarios á los viajeros que caminan al lado de sus carruajes solo por caminar con compañía.

al mayoral con el rostro ensangrentado, al zagal con un brazo roto y á los viajeros llenos de contusiones, y lamentándose mayoral, zagal y viajeros del percance que les habia ocurrido.

El percance era que en la revuelta del camino les habian salido unos ladrones, los habian apaleado y les habian robado cuanto llevaban.

Juan Cavila lloró pensando en su capitán, cuyo consejo le habia salvado de aquel terrible percance, y continuó su camino.

Como echara por todos los atajos que á su paso se ofrecian, se adelantó muchísimo á la galera, y calculando mal el tiempo para llegar á una buena posada, le cogió la noche en un estenso despoblado.

Al fin descubrió cerca del camino un ventorrillo, y aunque tenia el ventorrillo muy mala traza, determinó pasar la noche en él.

Tran, tran á la puerta del ventorrillo, y un hombre mal encarado salió á abrirle, con un candil en la mano.

—Hay posada?

—Sí señor.

Juan pasó y se sentó á la orilla del hogar, donde el ventero, única persona que el licenciado veia en la venta, estaba guisando una liebre.

Juan tuvo intenciones de preguntar al ventero cómo vivia solo en aquel desierto, pero se acordó del consejo «en lo que no te importa la lengua muy corta,» y se limitó á preguntarle si podria darle algo que cenar.

—Cenaremos juntos esta liebre, pan y vino, contestó el ventero.

Cuando la liebre estuvo guisada, el ventero puso una mesita junto al hogar, fué á un rincon de la cocina, levantó una trampa y gritó en tono imperioso:

—Sube!

Aunque Juan era valiente como todos los brutos, los pelos se le herizaron al ver y oír aquello, porque todas las terroríficas historias de venteros asesinos que habia oido en su niñez acudieron á su imaginación.

Su terror subió extraordinariamente de punto cuando vió asomar por el boquero que

acababa de abrir el ventero un horrible esqueleto cubierto de asquerosos andrajos, y cuyos hundidos ojos le contemplaron como espantados.

El esqueleto era una mujer que se acurrucó tímidamente cerca de la trampa.

Juan Cavila iba ya á preguntar al ventero quién era aquella desventurada mujer y por qué se hallaba reducida á tan miserable situación; pero recordó el consejo de su capitán, y se calló la boquita.

Ventero y licenciado se pusieron á cenar, el primero tranquilo, el segundo sobresaltado, y ambos sin hablar palabra.

El ventero arrojaba de vez en cuando al esqueleto un mendrugo de pan y un hueso, que el esqueleto devoraba con ánsia.

Al terminar la cena, el ventero se levantó, arrojó de un empujón el esqueleto á la cueva, cerró la trampa con la travilla que tenia por la parte exterior, y volvió á sentarse tranquilamente junto al hogar.

Juan Cavila se vió nuevamente asaltado por la tentación de preguntar al ventero por qué trataba así á aquella desdichada mujer, pero volvió á acordarse del segundo consejo de su capitán, y volvió á tragarse la saliva.

Poco despues, ventero y licenciado se acostaron. ¿Pero Vds. creen que el licenciado pegó los ojos en aquella noche con el cerote que tenia sobre su alma?

Juan Cavila, por primera vez de su vida, pasó la noche cavilando.

(Se continuará)

ANTONIO DE TRUEBA.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.